

REVALORACION LIBERTARIA DEL SOCIALISMO

EDUARDO CARLOS SCHAPOSNIK

Profesor de la Facultad de Ciencias
Jurídicas y Políticas de la UCV.

*No se detienen los procesos sociales
ni con el crimen ni con la fuerza*

SALVADOR ALLENDE (Desde La Moneda,
el día del golpe militar fascista)

En el barullo del aula, en la algazara de la cordialidad, en los cónclaves de estudios, en los gritos universitarios de combate, en la alegría y en la risa, en la voluntad de trabajo y de estudio de más de cuarenta mil muchachos que aquí albergamos, en su plenitud moza y altiva, no halla cabida al búho del camposanto, pero tampoco la hiena de la anarquía. Estamos sirviéndole a nuestro pueblo en cada lectura de biblioteca. En cada experiencia de laboratorio, en cada actividad artística que cumplamos. Nuestra sensibilidad y nuestra conciencia no aceptan la violencia iconoclasta y caótica. Nuestra única violencia debe ser la violencia de la doctrina bien sustentada.

Nuestra arma debe ser el arma del argumento bien manejado. Nuestros proyectiles son nuestros razonamientos, nuestros juicios bien fundados, nuestras ideas y nuestros conceptos. Nuestro estudio es la verdadera arma secreta con la que debemos contar para librar la batalla de la soberanía de nuestro pueblo.

RAFAEL JOSÉ NERI (Palabras como Rector de la UCV, el 28 de noviembre de 1974, al juramentarse los delegados estudiantiles al Consejo Universitario).

Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad. Pero ese canto maquina tendrá el ruido de sus cadenas.

MARIANO MORENO

Este trabajo rinde homenaje al hombre de pensamiento, al profesor y humanista Antonio Moles Caubet.

Su militancia democrática en la República española, su adhesión a los principios socialistas y a la libertad, me han movido a tocar este tema en su homenaje.

Es la forma de manifestar mi admiración a su fina sensibilidad y a su comportamiento humano.

Su optimismo, su pasión y su consecuencia son un ejemplo para las nuevas generaciones.

La presencia de autocracias represivas en América Latina, ha replanteado con nuevo vigor el encuadre libertario de los movimientos socialistas en el mundo. Hasta no hace mucho tiempo se imputaba al socialismo democrático una tendencia reformista, que en la práctica constituía una alianza con la burguesía y el capitalismo y la condición de demócrata "formal" adscripto a una democracia imperfecta y casi no perfectible. Buena parte de la izquierda se encargó durante mucho tiempo, de desprestigiar a la democracia sin cuidar mucho del futuro de los movimientos socialistas. Atacada por la derecha, por el capitalismo, por el militarismo totalitario y por la izquierda "verdadera", la democracia en América Latina se convirtió en una flor de invernadero, débil y raquítica, frágil, en apariencia con poca probabilidad de sobrevivencia.

Hoy la izquierda en general proclama el abandono de la dictadura del proletariado, la aceptación de la democracia como vía de acceso al poder y el pluralismo político. El campo de la izquierda totalitaria se va achicando. Hay una creencia general de que la guerrilla ya ha hecho demasiados favores a la derecha fascista. Aún existen grupos que abandonan una posición de lucha para sumarse como consejeros del príncipe a las dictaduras latinoamericanas.

Miles de presos y perseguidos políticos claman en los países de América Latina por un simple resquicio de libertad, por una justicia que acoja un simple recurso de amparo. Una década atrás se supuso que este reclamo era simplemente una expresión de la "democracia formal". El resultado ha sido una gran pérdida en el campo de las libertades formales y un desconcierto acerca de las libertades reales.

Antonio García¹ precisó que "la cuestión de fondo es la de que la democracia sólo puede existir como un juego armónico de medios y de fines, que se corresponden en su sentido y en su dirección. No puede buscarse la justicia por medio de la injusticia, ni la liberación por medio del encarcelamiento. La política consiste no sólo en determinar unos fines, sino en emplear los medios adecuados a ellos: sin esa adecuación la democracia no es un sistema de vida. Ni instrumentos que no se emplean para unos fines, ni fines que no se logran por unos ciertos medios. Este es el único juego que hace posible la democracia y la vida humana".

CONCEPTO DE SOCIALISMO

El uso del término socialismo por grupos heterogéneos y sin afinidad ideológica ha traído confusión. Así como el término democracia ha resultado de uso promiscuo para derecha e izquierda, el socialismo parecía un concepto explicitado en sí mismo. Metas y fines se han confundido y en muchos casos se ha restringido el concepto a aspectos exclusivamente económicos con mengua de la visión integral del hombre. Casi todas las corrientes de izquierda se han dado en reivindicar la denominación de socialista. La atomización que se registra parte de la creencia de una interpretación más justa de su significado.

Para Anthony Crosland² la palabra socialismo no es, en ningún sentido, un término descriptivo exacto, con la connotación de una estructura social particular, y describe una serie de valores, aspiraciones y principios en la organización de la sociedad.

El socialismo nace como una reivindicación de los desposeídos, lo que le da un sentido de clase. Cuando se pretende llegar a la conclusión de que el socialismo se encarna en el proletariado y que éste es representado por una burocracia que debe gobernar autocráticamente en su nombre, desechando la igualdad y la libertad, comienza la gran división conceptual. Los principios de la sociedad sin clase son aceptados mayoritariamente, pero no las consecuencias de la aplicación de las tesis de Lenin sobre la dictadura del proletariado y la eliminación del Estado. Mientras que las corrientes leninistas siguen entendiendo que el socialismo puede devenir solamente por el uso genérico de la

1. García, Antonio: *Dialéctica de la democracia*. Editorial Cruz del Sur, Bogotá, 1971.
2. Crosland, Anthony: "La Socialdemocracia en Europa", *Revista Nueva Sociedad*, 23 de abril de 1976, Caracas.

violencia revolucionaria, las corrientes socialistas democráticas han concebido como viable la transición gradual. Lógicamente esto nos lleva al debate fundamental sobre estatización o socialización total de los medios de producción, aboliendo la propiedad privada.

Este es el problema más difícil para el socialismo democrático. De la velocidad de la transformación depende la viabilidad del proceso y también la conservación de las libertades. La escasa dinámica y la imposibilidad de aceleración del cambio han provocado el descreimiento y la caída de numerosos gobiernos socialdemócratas. ¿Cuál es la velocidad exacta para que el cambio se produzca, no se desacredite el movimiento socialista y no se pongan en peligro las libertades? Esta es una cuestión de hecho y los procesos no han podido reproducirse o transplantarse. Nadie duda sobre la necesidad de la existencia de un gran sector público para actuar sobre la economía y la sociedad.

Hay discrepancias en la dimensión que debe asignarse al Estado empresario. La discrepancia va más allá de la eficiencia. El socialismo democrático no pretende representar una concepción totalizante del mundo y del hombre. El comunismo o el marxismo-leninismo han pretendido entrar en todos los aspectos de la vida, dejando muy poco espacio a la libre iniciativa y creatividad. No hay dudas de que toda sociedad en transición al socialismo ejercerá influencias sobre la cultura o el arte. Mientras en un caso el Estado se abstendrá de dar normas acerca de cómo debe elaborarse la cultura o el arte, en el caso del comunismo ruso o chino las depuraciones culturales se han realizado al precio de un enorme costo político y social.

El pluralismo es condición para que se encauce la divergencia, se corrijan los errores y se aproveche al máximo la potencia creadora de cada inteligencia. El respeto a la divergencia es parte de la formación de la personalidad. La supresión de los miedos empieza por la eliminación de los peligros de perder la libertad y la imposibilidad de atender las necesidades vitales.

CONCEPTO DE DEMOCRACIA ECONOMICA

Si la democracia política no se corresponde con la democracia económica, se consagraría la desigualdad cristalizada por la burguesía. No es exacto que en la generalidad de los países el poder político es detentado en su mayor parte por las burguesías, sin la posibilidad de ser penetrado por las corrientes progresistas. Cada vez son más los

grupos de izquierda que aceptan la vía de la democracia política para alcanzar la democracia económica.

Surge la duda acerca del contenido de la democracia económica. Para Antonio García³ "la praxis histórica se ha encargado de enriquecer las fórmulas clásicas acerca de la socialización de los medios productivos, tanto en el sentido de diseñar las nuevas variables de propiedad social (sustitutiva de la propiedad privada) como en definir los rasgos de una moderna estrategia de desarrollo. La planificación económica —en diversos niveles— ha logrado precisar dos aspectos fundamentales en la construcción de una democracia socialista: una metodología del uso de los recursos (humanos, físicos, financieros, culturales y tecnológicos) de acuerdo a normas racionales y a objetivos finalistas de cada sociedad y un sistema político de socialización de la dirección económica. Un cambio radical en la organización y nivel de las fuerzas productivas y en el sistema de relaciones sociales, supone y exige no sólo una modificación profunda en la estructura capitalista de la propiedad, sino un método de dirección económica que aplique, en gran escala, las modernas técnicas de utilización racional de los recursos de desarrollo y las formas democráticas de participación de los trabajadores en la gestión de las empresas y en la conducción de los procesos de planificación económica. En el trasfondo de una moderada concepción de la democracia económica se integran, entonces, unos elementos operacionales (socialización de los medios de producción o control social de los recursos básicos de desarrollo, planificación global y sectorial, participación de los trabajadores en la gestión económica, en todos los niveles) y un objetivo finalista: la elevación acelerada de las condiciones de vida y desarrollo de la sociedad y del hombre (desarrollo social, desde una perspectiva orgánica y socialista)".

La democracia económica significa una ruptura de las estructuras arcaicas que mantienen el atraso. La distribución del ingreso es parte fundamental de la misma, pero ello conlleva a analizar y definir el régimen de propiedad.

Su indefinición comprometió el porvenir del gobierno de la Unidad Popular en Chile. Trajo inseguridad al no definirse el área social, restando inversiones cuando el Estado no estaba en condiciones de hacerlo.

3. García, Antonio: "El camino hacia la democracia socialista", Revista *Nueva Sociedad*, 6 de junio de 1973. San José de Costa Rica.

El control de la gran empresa no significa en todos los casos expropiación, nacionalización o estatización. El Estado posee instrumentos para evitar la centralización innecesaria. Muchas empresas sirven como proveedores del Estado o trabajan a supervisión de éste. Las empresas que explotan las riquezas del país y que pueden gravitar en las decisiones del Estado, es más probable que deban pasar al área de la propiedad social. El temor a la burocratización es exagerado. Hay que admitir que la gran empresa tiene también propensión a burocratizarse. El Partido Laborista noruego sigue sosteniendo por experiencia propia, que el aumento del control y la dirección públicas ha provocado un progresivo desarrollo de la democracia económica, pues ha influido aumentando la producción y mejorando la distribución.

En cuanto a la forma de democratización de la empresa, es absolutamente necesario poner las cosas en claro. En primer lugar, es inexacto que las sociedades de capital abierto, o el otorgamiento de un número limitado de acciones a los trabajadores, produzca el efecto proclamado. El control sigue en manos de los ejecutivos, que no responden sino a su propio interés: beneficio o poder. En ningún caso esa democratización supuesta implica control eficiente ni participación en la dirección. En cambio, debemos estudiar cuáles son las posibilidades de la cogestión y la autogestión obrera en la empresa. Aún no se han definido con claridad la forma participativa, los modos, los casos, ni la eficacia real. No hay duda que es un avance, pero debemos saber si no se trata de una modificación formal que nada hace a la esencia de la democratización, o si esa democratización implica sólo multiplicación de los propietarios en la unidad empresa, pero mantiene a la empresa fuera de las decisiones sociales. Pareciera ser que la cogestión sólo puede aplicarse a empresas situadas en el sector público: por tanto, la participación en el control y la dirección tiene un límite, que son los propios intereses del país. Dejaría de ser así una simple nacionalización, para agregarle otros elementos: los obreros y, eventualmente, si ello fuera posible y determinable, los consumidores. Hay otro grupo de empresas sobre las cuales puede operarse el sistema de autogestión, pero sobre la base de que la misma no aparte a la empresa de los planes oficiales, y que el manejo no se haga exclusivamente en función del beneficio y contribuya a crear otra casta dentro de la sociedad. Lo que es muy difícil de determinar en términos generales es si la cogestión o la autogestión suplen definitivamente a la nacionalización. No hay duda de que hay casos en que eso no ocurre, y que subsistirán varios tipos de propiedad y de control; pero repito que todo partido

socialista que llegue o que sea serio aspirante a llegar al poder, debe definirse de antemano.

Si la economía no planificada tiene el inconveniente del desperdicio económico, la economía excesivamente planificada tiene a la vez el inconveniente de la mediatización de la iniciativa, de la falta de aliciente y de la anulación del espíritu creador, que ha sido uno de los elementos más importantes del desarrollo de la economía capitalista, y que no debe eliminarse simplemente por su origen. De cualquier manera, no creo en la planificación automática por los mecanismos de la oferta y la demanda, o simplemente por manipulación monetaria, financiera o tributaria.

Duverger sostiene que el socialismo democrático puede compaginarse con una planificación centralizada. En primer lugar, ello implica que sobre los planificadores existe un poder político, que no sea el partido único, como en el caso de Rusia. De lo contrario, la consecuencia de la centralización será la pérdida de la libertad. Elaborado, ejecutado, dirigido por la mayoría, pero bajo un control eficaz por las minorías, un plan globalmente centralizado no tiene por qué ser sinónimo de dictadura. Y como sostiene el citado autor, un tecnócrata público, controlado por mil resortes institucionales, no es más autoritario que el tecnócrata de la empresa privada, que no tiene ningún tipo de reparo moral para ejecutar actos de deslealtad entre sus iguales o para con el Estado o la sociedad.

Es más fácil imaginar cómo interviene el sector obrero en la dirección o control de la empresa, que cómo vota el consumidor frente a decisiones centralizadas respecto a la producción. En el sistema capitalista se encontró una fórmula, totalmente falseada, que estaba dada por el precio del mercado. El consumidor compra o se abstiene de comprar según el precio. Esto puede provocar la eliminación de una parte creciente de la población del consumo de bienes indispensables, y orientar la producción para determinada clase con ingresos elevados. La utilidad social para orientar al planificador-productor es una fórmula vaga, desde que la utilidad social depende de la mentalidad, de la ideología y de la inercia del planificador. No puede separarse la utilidad social de la expresión de voluntad del consumidor. Las sociedades son cada día más complejas al hacerse cada vez más numerosas, y las consultas acerca de las decisiones ya no son fáciles para el Estado, ni en el Ejecutivo ni en los cuerpos deliberativos. Una fórmula para lograr su justo equilibrio en la planificación socialista democrática será la

de organización y competencia. Y volvemos así a la fórmula de la economía mixta o a los distintos tipos de propiedad.

EL SOCIALISMO Y LOS DERECHOS HUMANOS

La vigencia que han tomado últimamente los derechos humanos por el reclamo de la opinión pública mundial y las denuncias contra los gobiernos de numerosos países por su falta de respeto a los mismos, nos hace concebir esperanzas. La actitud del Presidente Carter en ese sentido, ha tenido considerable y benéfica repercusión en el mundo. Lo cierto es que la actitud respetuosa de los derechos humanos en la mayor parte de los países desarrollados de Occidente, ha traído como consecuencia que los partidos que no proclamen su adhesión a esos principios, no puedan progresar más allá de ciertos límites.

El sentido del respeto de los derechos humanos tiene distintas connotaciones en cada una de las regiones del mundo. El concepto se ha ido ampliando hasta comprender los derechos humanos colectivos, como el de integrar agrupaciones políticas o sindicales, usar el sufragio libre y secreto para elegir a los gobernantes, etc. Ya no cabe ninguna duda de que la brutalidad, la falta de defensa, las torturas, la carencia de libertades fundamentales, han de ser repudiadas, cualquiera sea el manto ideológico o político con que se revista. Conscientemente nadie ha de justificar la violencia, oponiéndola a la paz y a la justicia. Y eso supone repudiar por igual a los gobiernos totalitarios que usan el monopolio de la fuerza contra los ciudadanos, y a aquellos que se arrojan la función de justicia divina y matan en nombre de agrupaciones guerrilleras, cuyas decisiones nadie sabe cómo y quiénes las toman.

Es difícil manifestarse públicamente a favor de la discriminación política, racial o social, por nacionalidad o por sexo; sería temerario admitir la dominación política y económica en los países y entre los países; es cuestionable admitir el terrorismo de arriba y el de abajo cuando están abiertas las puertas para una salida democrática; mentalmente no se puede concebir que las libertades individuales sean conculcadas.

Pero si los principios se han impuesto, la aplicación real de los mismos es otra cosa. Nuevos derechos políticos, sociales, económicos, irán asomando en el mundo, pero es importante ir consolidando y haciendo reales los actuales, porque la ampliación del espectro de derechos de nada servirá en la medida que se desconozcan las libertades individuales y políticas.

Los derechos humanos, tal como han sido concebidos, son parte de la filosofía liberal, con antecedentes en el humanismo y la reforma, al formarse el Estado y centralizar la fuerza. Sin embargo, esos derechos, pese a ser enunciados con el nacimiento del capitalismo y defendidos por la burguesía naciente, son derechos que han sido asimilados y reconocidos por todos. La libertad, consagrada por la sociedad burguesa, ha permitido que los individuos sean más libres y respetados, y nadie podrá sostener la necesidad de un retroceso en este campo para afianzar otras libertades u otros derechos. El socialismo puede agregarle elementos que hacen a la igualdad, pero no cabe discutir el valor ético de estos principios. La libertad y los derechos humanos marcan una posibilidad de llegar al socialismo; en cambio, el totalitarismo y la negación de los mismos nunca podrá conducirnos a esa meta.

Gregorio Peces Barba⁴ ha sistematizado una serie de condiciones indispensables y exigencias concretas para que pueda regir la garantía de la libertad en cada país: incorporación de las libertades públicas al derecho positivo, en forma total y sistemática, a través de un estatuto de libertades públicas con rango constitucional; garantía efectiva en caso de violación, y competencia a los tribunales de justicia para ejercitar esa garantía, con exclusión de los órganos políticos o administrativos; reconocimiento de la legitimación activa para iniciar una acción de garantía de los derechos fundamentales o para alegar la excepción de violación de un derecho fundamental en todo proceso, derecho que puede ser ejercido por cualquier persona; los derechos reconocidos no estarán sujetos nunca a control de autorización previa por parte de la Administración o del Estado; los únicos límites a esas libertades deben estar establecidos en el Código Penal con control *a posteriori*, no pudiéndose otorgar competencias especiales para el examen de las extralimitaciones supuestas.

A esa consagración en el derecho interno, posible de ser violado cuando se salen del cauce institucional los que detentan el poder, sería necesario agregar la reafirmación de los derechos humanos a nivel internacional, con facultades de investigación y sanción, por parte de un tribunal internacional. Lo que ahora aparece como intromisión en la soberanía de los Estados, tal vez no lo sea dentro de un tiempo cuando la libertad sea un clamor internacional. En la mayor parte de los casos, sólo la presión internacional ha logrado que se afloje en materia de violaciones a los derechos de los individuos: el caso más evidente de

4. "El Socialismo y los derechos humanos", en *La alternativa socialista del PSOE*. Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1977.

presión internacional se ha dado hasta ahora en Africa del Sur y Chile, con resultados bastante promisorios.

EL SOCIALISMO Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Aunque Marx se haya ocupado pocas veces en sus escritos de la dictadura del proletariado, es evidente que su posición acerca de la democracia y la dictadura fue muy confusa. En todo caso cabe la interpretación de que pensó que por la dictadura de la mayoría, de una clase, se iba hacia la verdadera democracia, pero no habla concretamente de las libertades públicas, del derecho de las minorías, de los derechos personales, de la libertad de prensa o, en síntesis, de las libertades políticas que existirían en semejante democracia. Es verdad que la dictadura así concebida podía ser el camino más corto hacia la igualdad y hacia la supresión de la propiedad privada, o de determinados privilegios basados en el poder económico. Esto no quita méritos al método adoptado por Marx para encarar los problemas económicos y las tesis políticas, pero demostró un pesimismo absoluto para concebir que los cambios pudieran hacerse respetando los valores fundamentales de la democracia política consagrados hasta ese momento por la burguesía.

Algunos exégetas de Marx, generalmente, han tendido a dogmatizar y sacralizar el pensamiento escrito, incluso descartando las contradicciones que entreveían, lo que ha permitido la existencia de varios Marx igualmente dogmatizados por distintos grupos políticos. La interpretación y puesta en escena de la dictadura del proletariado en Rusia, a inspiración de Lenin, ha confundido en una sola la teoría marxista-leninista y lo acontecido en Rusia desde 1917.

En la práctica pareciera existir una antinomia entre la dictadura del proletariado y el método del materialismo dialéctico de Marx. La iniciativa del cambio proveniente del enfrentamiento de las ideas, desaparece al no haber oposición, y ser suprimido el disenso, semilla de la dialéctica que originaría en forma permanente una nueva síntesis. Esas contradicciones sí podían darse en el capitalismo, tal como había observado Marx, pues el proletariado constituía la antítesis de la clase capitalista. No se trata de establecer ahora si al eliminar las clases sociales desaparece la posibilidad de la contradicción y con ello se va al estancamiento, sino simplemente de que pueda o no existir oposición dentro de la estructura de partido, dentro del Estado, dentro de la sociedad.

Marx concebía al proletariado llegando al gobierno, incluso por la vía no violenta. Admitía la posibilidad de transformar la propiedad por cambios legales, y llegó a aceptar la dictadura del proletariado en circunstancias excepcionales y por un período transitorio. Invocaba en varios de sus escritos la necesidad de imponer la revolución por una dictadura, pero sin especificar los mecanismos: quiénes la ejercerían en qué forma, y cómo se terminaría ese período dictatorial para emerger a la democracia socialista que preconizaba. Tal vez en el pensamiento de Marx, como lo analiza Emilio Frugoni,⁵ haya una confusión entre dictadura del proletariado y dictadura del pueblo, entendiendo por proletariado la mayoría del pueblo. En varios párrafos seleccionados habla del pueblo indistintamente con el proletariado. Y es muy posible que un pueblo obligado a la revolución cuando se cierran los caminos pacíficos, tenga necesidad de un período azaroso para desmontar al enemigo. El proletariado es el pueblo desposeído, que no es propietario de los medios de producción, es la mayoría de la población. Gobierno del proletariado igual a gobierno de la mayoría. Pero ¿y si el proletariado no fuera realmente la mayoría? La concepción del proletariado era exclusivamente referida al trabajador urbano. Y habría que admitir que una buena parte de esos trabajadores urbanos, que no se sabe si son mayoría, no participa de la idea revolucionaria. Puede tratarse, pues, de una minoría, numéricamente hablando, que no es la forma en que se expresa la democracia para resolver sus problemas. Para la conquista del poder por la vía electiva, el proletariado tendría que aliarse con otros sectores del pueblo y compartir el poder. O apoderarse del poder por la fuerza y mantenerse en él por los mismos medios, con lo que desaparece el sistema electivo y todas las libertades que son inherentes a la democracia, que es lo que pasó en Rusia, porque los bolcheviques eran una minoría frente a los demás grupos políticos emergentes de la revolución de octubre.

Lenin resuelve el problema proclamando la necesidad de la alianza de los obreros con los campesinos. Pero es evidente que ni Marx ni Lenin podían ignorar que sólo podían hacerlo con una minoría esclarecida, con la vanguardia de los trabajadores y del campesinado. Luego, la dictadura siempre sería de la estructura partidaria y nunca de quienes pretendían representar. Los golpes de audacia que permitirían conquistar el poder no estaban en la posibilidad siquiera de las vanguardias esclarecidas de ese proletariado y campesinado. Se trata de políticos que manejan el aparato partidario a esos fines. No habría

5. *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*. Ed. América Lee, Buenos Aires, 1947.

nada de malo en que los grupos políticos sean intérpretes de la mayoría de los desposeídos, que ejerzan el poder por su mandato y que rindan a ellos cuenta de su política revolucionaria y de gobierno; pero la dictadura suprime la emisión de la voluntad, gobierna en nombre de una supuesta mayoría y no recibe respuesta a los actos de gobierno, porque no hay real participación ni en el Estado, ni en el gobierno, ni en el partido, ni en la empresa.

Si el período revolucionario admite pasar por sobre la voluntad de las mayorías, que estaban en contra aun admitiendo la revolución, no se comprende bien cuál es el período revolucionario a los efectos de la continuación del régimen dictatorial.

Menos se concibe esa solución en otros pueblos. Cuando Rusia suscribe el pacto Molotov-Ribbentrop, otros pueblos estaban en lucha contra el nazismo. Y los pueblos luchaban por mantener las conquistas logradas a través de la democracia, e hicieron la guerra por mantener la democracia misma. Muchos comunistas, casi todos los obreros, desconocieron las órdenes partidarias y lucharon y dieron sus vidas por mantener un conjunto de libertades, aunque menoscabadas por la desigualdad económica. Luego el gobierno ruso, ante el ataque, libró la más fiera guerra contra el nazismo y colaboró en su destrucción. Para ese entonces la guerra fue de pueblos, sin importar mucho la clasificación. El proletariado, los desposeídos, las mayorías populares lucharon en los frentes de batalla, en la clandestinidad, soportaron los campos de concentración, las torturas, el hambre, la muerte. Ese proletariado también decidía y se manifestaba por una forma de gobierno. Tan cierto es esto que el eurocomunismo no hizo sino comprobar su imposibilidad de avance por otra vía que no fuera la democracia.

Puede ser cierto lo expuesto por Teodoro Petkoff,⁶ que dictadura podría referirse al cambio de destino de la propiedad, impuesto por la mayoría a una minoría que no lo acepta, pero sin que por eso importe un régimen dictatorial. El período de transición al socialismo evidentemente debería tener su base en un uso discrecional de la fuerza, en la dominación de un grupo mayoritario sobre otro. Y puede creerse, como él, que una buena parte de la izquierda está equivocada al sostener que el concepto de dictadura del proletariado va unido al ejercicio dictatorial del poder. Así establece que de un concepto sociológico se hace un concepto político. Aceptemos que la situación del pueblo ruso, sumergido en la opresión, no es la misma que la de los pueblos de Ingla-

6. *Proceso a la izquierda*. Ed. Planeta, Barcelona, 1976.

terra, Francia o Italia, donde él ve la posibilidad de acceder al socialismo por la vía electoral, o por lo menos no lo niega. ¿Cabría la posibilidad de un retroceso en esos pueblos una vez establecida la dictadura?

Es posible que la propiedad pueda pasar a manos del Estado, pero con ello no se asegura la participación obrera. Si los pueblos quieren volver a la vida democrática habrá que conformar otro tipo de propiedad, que no es la del capitalismo de Estado. En ese caso, ¿cómo podrán organizarse gobierno y oposición para volver a la vida democrática y cuáles son las limitaciones de ambos?

Si Petkoff sostiene que los errores de los partidos de izquierda, cometidos en su acción dentro de países de sistema capitalista, no son errores del proletariado, podemos suponer que también el partido que pretende monopolizar el pensamiento obrero puede cometer errores y seguir gobernando sin su consentimiento. En este caso no existe forma alguna de corrección de los actos de gobierno, salvo la revolución dentro de la revolución, cosa que no se ha logrado dentro del comunismo tal como ha sido estructurado en Rusia y otros países. Los golpes han sido en la cúspide del poder y nunca desde abajo. Lo más fácil es que exista y se mantenga la usurpación del poder en nombre del proletariado, clase única en la sociedad socialista, lo que sí supone en este caso hablar del pueblo. Petkoff lo entiende así, pero no Moleiro⁷ que en la réplica pretende que sostener lo contrario es negar el derecho a la hegemonía del proletariado. "Si no hay hegemonía proletaria no hay revolución socialista", sostiene Moleiro, quien no deja de reconocer que hay sólo una interpretación posible de la dictadura del proletariado y es el predominio de una clase sobre las otras. Actualmente se vive bajo la dictadura de la burguesía y en un sistema socialista se vivirá bajo la dictadura del proletariado. La tiranía como hecho derivado de la dictadura de una clase, es un hecho accidental. Lo que no puede hacerse es proclamarse marxista y desconocer la idea de la dictadura como gobierno de clase, y, con ella, la de la dictadura del proletariado. En primer lugar, hay que reconocer que la dictadura como forma de gobierno tiene características especiales que la contraponen a la democracia, aunque puedan existir variantes, tanto Moleiro como Petkoff han participado como ideólogos de la guerrilla. Mientras el segundo y Américo Martín han abjurado del método de la violencia y han tendido a la legalización de sus movimientos, Moleiro conserva aún algunas reservas y no deja de tener ciertos sentimientos encontrados que se manifiestan

7. Moisés Moleiro: *La izquierda y su proceso*. Ed. Centauro, Caracas, 1977.

en su libro. Ambos movimientos en los que aparecen como teóricos han aceptado que la masa obrera, obreros industriales o campesinos, no han acompañado a la guerrilla y tampoco constituyen el aporte mayoritario a sus partidos legalizados. Pero el primero cree posible llegar a la dictadura del proletariado como expresión mayoritaria del pueblo, lo que le daría el carácter democrático, especulando con ser la "vanguardia esclarecida" que asuma la representación de la clase obrera.

Américo Martín ⁸ es mucho más claro que su compañero de partido, y parece haberse desprendido más rápidamente del lastre de la teoría leninista: la polémica recrudece luego cuando se observa que el Estado en lugar de extinguirse gradualmente se va fortaleciendo y cuando en lugar de la democracia directa, el partido asume la representación de las masas. Y finalmente, cuando en relación con esos hechos brote una nueva burocracia plena de poder y proclive a los métodos expeditivos, agregando que todos estos hechos no habían sido previstos por Lenin pero sucedieron en la época de Lenin, nada más que se los consideró hechos accidentales. Sin embargo, esa situación era de prever: un Stalin y el culto a la personalidad no son simples accidentes, ni tampoco es accidente que durante veinte años los partidos comunistas en el mundo entero fueran sumisos a ese culto. Esa manera staliniana de conducir el poder no ha desaparecido ni desaparecerá nunca del todo, mientras se mantenga la estructura partidaria e institucional. Solamente la suerte puede determinar el futuro más libre en una sociedad política organizada de esa forma, sin control ni oposición, y sin sufragio.

Hacer depender la revolución proletaria o socialista de la organización y de los funcionarios del partido único, es algo así como desconfiar de la evolución cultural y política de la clase obrera misma. Buscarle sustituto a su expresión es buscarle sustituto a la clase obrera. Si bien la clase obrera no ha logrado llegar a la plenitud de sus derechos en la sociedad capitalista, ha cumplido un largo camino de reivindicaciones y de elevación de sus condiciones sindicales y políticas. Por tanto, no puede suponerse que alguien o varios grupos por sí, se erijan en sus representantes y actúen en función de tutoría de sus derechos. El pueblo participó en la conquista de las libertades en la revolución burguesa y en la lucha contra el fascismo. ¿Quién le puede negar el derecho de defender las libertades en cualquier sistema?

¿Puede el pueblo trabajador aspirar a concretar sus aspiraciones sin tener que forzar su decisión de no limitar sus libertades? Desde

8. *El Estado soy yo*. Ed. Vadell, Valencia, Venezuela, 1977.

Marx, el cambio que se ha operado es muy grande. Podría suponerse que la solución de la dictadura del proletariado, o solución de fuerza, era la única que quedaba en algunos países para llegar a ciertos objetivos simplemente reivindicativos. No hablemos ya de hegemonía del proletariado ni de dominación social del proletariado. Simplemente el avanzar parecía según Marx haberse convertido en un imposible. Pero no es la situación actual en los países donde Marx hizo su experiencia. Las conquistas logradas han sido muchas. El sindicalismo tiene un extraordinario poder. Pero es difícil que pueda concretarse en el corto plazo un cambio total de sistema, sobre todo dentro de la democracia. La opción que parece presentarse es una revolución totalitaria o una reforma democrática. Engels decía que una revolución es la cosa más autoritaria que existe: es la imposición a una parte de la población por la fuerza de la voluntad de la otra parte. Pero la revolución es un hecho que no asegura la consecución de los fines perseguidos. De hecho es la instauración de un régimen autoritario. Pero no de la igualdad. Y mucho menos del socialismo, que es la realización plena del individuo en libertad, con su participación. Es muy posible que pueblos que nunca hayan conocido la libertad hagan la transición del sistema sin dolor. Pero aparece imposible para muchos pueblos renunciar a la libertad por la igualdad. La represión y el terror que imperan en un régimen autoritario harán que nadie sepa apreciar la igualdad en sus justos términos.

SOCIALISMO, REFORMA Y REVOLUCION

El gran apego a las fórmulas del pasado, ha provocado el estancamiento del pensamiento socialista. Por lo menos, el movimiento marxista ha experimentado una gran desubicación con respecto a fenómenos que se han ido dando en la sociedad capitalista, a la que se supuso sin capacidad de reacción ante la crisis vaticinada. Una serie de fenómenos nuevos han ocurrido desde la formulación de Marx, Engels y Lenin de sus ideas acerca de la vía para el socialismo, que recién ahora empiezan a revisarse: la concentración del capital prevista por Marx ha asumido características cambiantes, y la empresa transnacional ha operado con una gran elasticidad y capacidad de renovación; la presencia de los gerentes como una nueva clase entre el capitalismo y la empresa, con objetivos parecidos pero no iguales; el desarrollo creciente del sindicalismo, como instrumento de lucha y reivindicación de la clase trabajadora; el afianzamiento de la democracia política y su avance en la forma y en el fondo; la consolidación de la clase media, a pesar de que Marx no la considerara como clase y vaticinara su desaparición;

la disminución y control de las crisis dentro del sistema capitalista acentuados a partir de las teorías keynesianas; el aumento considerable del ingreso de los trabajadores, especialmente en Europa y los Estados Unidos, y la adopción de modelos superiores de distribución en muchos de los países a través de la lucha sindical y parlamentaria dentro de la democracia.

El socialismo democrático, a su vez, ha sufrido en muchos países un aletargamiento, producto de haber pretendido o aceptado cambios formales sin afectar para nada, aunque sea en forma gradual, al sistema existente. En los países como Inglaterra, donde la democracia política se ha consolidado y es poco cuestionada, el laborismo no ha planteado demasiadas exigencias respecto a una integración de esa democracia con la social y económica. Lógicamente está en su programa, pero en cierta forma diluido frente a la forma en que ha gobernado cuando ha estado en el poder. Parece inconcebible en Inglaterra pensar en la solución a través de una dictadura, sea fascista o comunista. Aunque no han faltado teóricos del socialismo como Harold Laski, John Strachey o Stafford Cripps, que intentaron darle un contenido más dinámico, más revolucionario en cuanto a la velocidad de los cambios para la transformación del sistema, la influencia de los grupos moderados ha sido decisiva en el laborismo y posiblemente Inglaterra no hubiera aguantado un programa más intenso de socialismo. Por otra parte, el equilibrio inestable de los dos partidos turnándose en el gobierno ha impedido contar con el tiempo necesario para intentar una transformación más profunda. El Partido Socialista sueco, si bien no ha tenido un comportamiento muy distinto, ha sido mucho más dinámico y constante en los avances registrados, y es posible decir que nunca se estancó buscando permanentemente lograr la transformación del sistema, aunque respetando las partes que consideró válidas. Es de destacar que la distribución del ingreso entre los sectores sociales es similar en Suecia que en Rusia sin necesidad de apelar a la violencia y la dictadura, y el ingreso *per capita* de Suecia es el triple de Rusia, no habiendo partido de situaciones muy diferentes. Lo mismo ha pasado en Alemania, donde las transformaciones siguen un ritmo muy lento. En cambio el PSF que había caído casi al nivel de su desaparición como partido, tomó con Mitterrand nuevos enfoques y nuevas fuerzas que lo han hecho pasar a la categoría de primer partido individualmente considerado. La experiencia francesa ha sido importante, porque demuestra cómo la pérdida de dinamismo encierra al partido dentro de límites de acción muy estrechos. Su recuperación después del fracaso del Frente Popular lide-

rizado por Blum, costó muchos años y mucho dolor. El mismo Blum, al término de la Segunda Guerra Mundial, hizo una dolorosa autocrítica de la situación vivida. "El argumento banal: es inútil cambiar las instituciones sociales mientras no se cambie la *mentalidad* del individuo, nos parece un medio muy cómodo de diferir hasta un porvenir indefinido, las transformaciones necesarias. Pero, en lo que de nosotros dependía ¿hicimos algo para mejorar al individuo humano la unidad humana, al mismo tiempo en que nos esforzábamos para transformar la sociedad? ¿Condujimos de frente, como debíamos, las dos empresas compenetrándolas, apoyando la una sobre la otra? Yo me dirijo esta pregunta a mí mismo. Y aunque mi conciencia personal no me dirija muy duros reproches, no me atrevo a formular una respuesta categórica. Los primeros tiempos de la propaganda socialista, que no eran más que una pelea salvaje e implacable, presentaban moralmente mayor grandeza. Se luchaba contra el peligro, y en la abnegación de cada día el sacrificio exaltaba la fe. El mismo Jaurés vivió bajo la amenaza permanente de la prisión y el asesinato. Poco después desapareció el peligro; pero la fe se amortiguó. Habíamos llegado a ser demasiado fuertes, demasiado prudentes y nos incrustábamos poco a poco en el molde de la vida ordinaria. En nosotros se advertía algo de demasiado logrado. A la hora precisa en que la nación esperaba un grito de llamada, un clamor de unión, no podía salir de nuestras filas una voz poderosa".

Este fenómeno es común en muchos partidos. Tal vez porque la sociedad los enquistas y termina por asimilarlos; tal vez por la estructura interna de los partidos que impide el juego dialéctico interno y desnaturaliza los objetivos, tal vez por el envejecimiento generacional provocado por el desinterés político de la juventud, lo cierto es que el hecho debe tenerse en cuenta al hacer el análisis total. No bastan el programa, la estrategia, las tácticas. Es necesario mantener permanentemente ese espíritu inicial de que hablaba León Blum. Si un partido socialista pierde su carácter revolucionario, su fin revolucionario, desaparece como partido. Como partido de centro encuentra el lugar del espectro político ocupado y perece.

Pero cuando hablamos de fines revolucionarios, de dinámica revolucionaria, no estamos hablando de la revolución en un golpe de suerte, que no sólo cambiará el destino del sistema, sino también de la democracia y de las libertades. El dirigente socialista austriaco Bruno Kreisky sostiene que para la realización de la democracia social es necesario un

9. *A la medida del hombre*. Ed. Alba, Buenos Aires, 1946.

proceso dialéctico ininterrumpido, y el sueco Olof Palme, en correspondencia intercambiada con Kreisky, dice que la "socialdemocracia es más que un partido con obligación de administrar la sociedad. Nuestro deber consiste en transformarla". La vía es el socialismo mediante el sufragio y el modelo de profundos cambios progresivos. Pero el reformismo, sin embargo, ha quedado maldecido como una verdadera herejía política, como el signo del inmovilismo y de la sofisticación del sistema para mantenerse intacto a lo gato pardo.

Pienso que el éxito de determinados partidos socialistas ha sido la audacia conceptual. Mitterrand salvó al PSF, lo mismo que Felipe González ha significado el reverdecimiento del PSOE. Y en Italia el PCI, por superar en audacia, ha ocupado el lugar del socialismo, cosa que no pueden hacer el PCE y el PCF.

La antítesis de reforma o revolución se planteó fundamentalmente en el período entre las dos guerras: reforma tomó el significado del cambio dentro del sistema y revolución de una ruptura con el sistema. Los que sostenían esta última tesis no jugaron tampoco la carta de la revolución, sino que esperaron pacientemente que la crisis del capitalismo derivara ineluctablemente en la revolución. El fascismo terminó con las libertades y con todos los movimientos de izquierda y, al término de la guerra, el capitalismo salió fortalecido y las instituciones democráticas también. Incluso el Estado llegó a ser un órgano más independiente de las fuerzas económicas dominantes, aunque sin una autonomía total. El voto universal, de cualquier modo le había dado características distintas. Los países que entraron al área del comunismo en Europa, no lo hicieron por movimientos revolucionarios de su pueblo, sino simplemente por un reparto de zonas de influencia en el mundo por el tratado de Yalta.

La intensidad de los cambios cuantitativos derivan en un modelo cualitativamente distinto. Por eso no habría contradicción en un reformismo revolucionario, a pesar de la aparente antinomia en los términos. La clase obrera quiere llegar efectivamente, y no en plazos celestiales, a una verdadera democracia económica, disputando el poder al capitalismo. Si el socialismo es capaz de proporcionar el modelo de la vía democrática, lo hará sin duda por esa vía. Pero no cabe excluir la aceptación de la dictadura cuando el modelo democrático fracase visiblemente. Y el problema se plantea como alternativa si para llegar al cambio es indispensable socializar los medios de producción, y si fuera así, en qué medida. Es cierto que en el período de transición, hasta llegar al poder, un partido socialista sólo puede conseguir mediante su acción

política o parlamentaria, ciertas reformas tendientes a distribuir mejor la riqueza; pero una vez llegado al poder, el socialismo tendrá que determinar las etapas en que ciertos medios de producción, debidamente establecidos, de acuerdo a pautas claras, han de ser socializados. Habría, pues, una fase transitoria en el comunismo desde que instaura la dictadura hasta que logra llegar a la democracia socialista, y también una fase transitoria en el socialismo democrático, desde que comienza a socializar ciertos medios de producción dentro de la democracia, hasta llegar al límite de lo que considera necesario socializar. La diferencia se establecería entre una propiedad absolutamente estatal y una economía mixta. Pero lo que es una mentira es que el socialismo se logra en un acto de magia. El socialismo, según Duverger, nunca quedará acabado, siempre es transición hacia otra cosa superior, y así sucesivamente.

El método reformista, aun con características revolucionarias en el sentido de cambios cuantitativos y cualitativos ejecutados con rapidez, permite la supervivencia de la democracia, la amplía y la garantiza. En cambio, como dice Duverger: "por su naturaleza, la revolución es antidemocrática, pese a las apariencias y a quienes afirman lo contrario. El recurso a la violencia, la victoria de los más fuertes, la sumisión de los vencidos: todo eso contradice los principios de la democracia. Las revoluciones se prolongan siempre más de lo previsto, y pocas veces triunfan. Adecuar medios y fines es un criterio de la democracia. Cortar el árbol para coger un fruto es una buena definición de los métodos fascistas. Los revolucionarios occidentales están empezando a resbalar por esa pendiente.

Lo que impide lograr un entendimiento claro es que los partidos han sucumbido a la necesidad de preconizar la revolución para no ser sobrepassados, volcando en el papel la competencia de espíritu revolucionario. Si los partidos sucumben al espontaneísmo revolucionario por necesidad de conciliar con quienes preconizan la violencia, es muy posible que sucumba el partido y también las posibilidades del socialismo por mucho tiempo. Y eso ha pasado en muchos países de América Latina. La revolución practicada en la Universidad, le ha costado generalmente a los partidos socialistas el perder a las masas obreras, a las cuales se pretende representar y conducir. Y la violencia practicada como arma política ha conducido al fascismo y al cercamiento y eliminación de las fuerzas de izquierda. Es que los partidos de izquierda han encontrado que la prudencia también es una carga demasiado pesada desde el punto de vista de los ataques de los grupos de ultraizquierda.

José Vicente Rangel señala que revolución no indica optar por la violencia, pero esa era la concepción que se usaba en nuestros países. Teodoro Petkoff sostiene que cuando se decía que "el deber de todo revolucionario es hacer la revolución", se quería indicar la necesidad de tomar las armas, creyendo que bastaba el irse al monte para que inmediatamente se hiciera conciencia en toda la población, error que no sólo puede atribuirse a románticos jóvenes, sino que le costó la vida al Che Guevara en medio de la incompreensión de quienes pretendía redimir.

Finalmente, después de tanto manoseo, la palabra revolución ha perdido su significado. Se lo usa en los lemas de partidos que proponen la evolución gradual, sin el uso de la violencia, queriendo significar solamente que el cambio es más profundo y más rápido. Lo difícil de todo esto, consiste en tratar de comparar revoluciones y reformas con modelos establecidos en ciertos y determinados países: solución a la bolchevique, a la cubana, a la peruana, a la chilena, a la sueca, a la inglesa, a la francesa o a la alemana. Incluso se establecen modas en determinados momentos: el militarismo a la peruana era la solución buscada por muchos grupos de ultraizquierda que no encontraban otra vía rápida de acceso al poder y la alianza con el peronismo consistió en el aprovechamiento del caudal popular que arrastraba el viejo caudillo. Hoy nadie reivindica la revolución peruana de Velasco Alvarado. Esta mistificación revolucionaria hace que se le otorgue título de izquierdistas y revolucionarios a Velasco o a Perón, a sabiendas de que no lo fueron. Se crean mitos, leyendas, que luego se digieren como verdades. Se construye una religión sobre ciertos conceptos, que luego desaparece, pero perturban la labor de acción permanente de los demás partidos.

La falsa conducta revolucionaria, que según Petkoff consiste en sostener como realidad lo que se cree es la realidad, comprende además, a sabiendas sostener lo que los grupos dirigentes saben que no es la realidad ni la verdad. No dudo que hay cierta alienación a patrones y modelos que hacen errar, pero es mucho más grave cuando se orienta a la juventud a través de caminos que de antemano se saben equivocados. ¿Qué puede pensarse de quienes dirigieron la guerrilla, hicieron matar miles de jóvenes que constituían lo mejor del futuro argentino, y viendo la realidad objetiva se evaden del campo de lucha, pero no retiran las tropas combatientes? La conducta revolucionaria supone un mínimo de eficacia y oportunidad. Era infantil pensar que una lucha armada en condiciones tan disparejas pudiera llevar a otro resultado que el obtenido.

EL ESTADO Y EL SOCIALISMO

Muchos errores se han cometido en la apreciación de la función y de la permanencia del Estado, por la pretensión de adecuar esos conceptos a una ideología, partiendo de la cristalización de ideas verdidas hace muchos años o tomando situaciones pasadas en condiciones estáticas, sin apreciar las transformaciones que se han operado ni las posibilidades futuras. Creo que la existencia del Estado, de su aparato coercitivo planificador, distributivo, etc., ha sobrepasado a las doctrinas y a los teóricos. Los hechos se han movido en direcciones opuestas y algunas ideas han tenido que adecuarse, pero otras encuentran cierta rigidez que las inmoviliza frente a situaciones muy complejas y cambiantes.

La burguesía tenía antes un concepto muy distinto del Estado: cuando monopolizaba el poder pretendía sumarlo todo en él; cuando fue limitándose en el poder porque la democracia lo reparte, ha presentado un frente unido contra las pretensiones del Estado de crecer en desmedro de la actividad privada. Los proletarios que se oponían al Estado como instrumento opresor reclaman cada vez más su intervención para corregir desigualdades, para elevar los salarios, para asegurar el pleno empleo y el abastecimiento de productos básicos, y para que se le presten los servicios sociales. El poder sindical lucha en algunas oportunidades contra el Estado, pero las más de las veces para que éste asuma actitudes favorables a la clase trabajadora.

Es cierto, como dijera Engels, que el Estado no existe desde la eternidad, pero en la actualidad el proceso del desarrollo económico y social lo ha impuesto. El Estado representará a la clase social que prevalezca en una sociedad, pero lo más común es que sus funciones sean penetradas por otras clases sociales. La pretensión de Marx, Engels y Lenin de que el Estado desaparecerá en cuanto dejen de existir las clases sociales, es una apreciación teórica que no ha tenido comprobación, ni en los países capitalistas, ni en los comunistas. Es cierto que las clases sociales no han desaparecido en ninguna parte del mundo, pero ¿qué es lo que nos puede hacer pensar que la abolición de las clases terminará con todos los conflictos, y que una sociedad tan compleja no necesitará un ordenamiento y un poder de coerción muy similar, aunque los objetivos sean distintos?

Es lógico que la idea siga vigente, teniendo en cuenta lo que ha representado el Estado como factor de dominación de una clase sobre otra. Pero existen diversas situaciones: la primera, la del estado actual

de un país con sistema capitalista, monopolizado el poder por la burguesía; la segunda, un Estado capitalista limitando cada vez más el poder de la burguesía y con factores de presión que supongan que éste irá disminuyendo; la tercera, cuando se ha producido una revolución y se ha resuelto terminar con las clases sociales, pero éstas subsisten aunque diferenciadas de las anteriores; la cuarta, cuando por una revolución se ha logrado la eliminación de las clases sociales, situación inexistente en la actualidad.

En el primer caso, si hay imposibilidad material de terminar con el monopolio del poder abusivo, es porque las vías del cambio democrático están cerradas. No quedaría más camino que la revolución, pero para eso hay que contar con una mayoría revolucionaria, una idea revolucionaria unificada, y un comando revolucionario que puede representar a todos los sectores, con gran poder de arbitraje entre los grupos revolucionarios mismos. El Estado no desaparecería durante mucho tiempo, si es que desaparece, porque los problemas de afianzamiento con los grupos adversarios demandará un gran esfuerzo; luego, sería necesario lograr la síntesis entre los grupos revolucionarios, a menos que alguno de ellos se imponga por la fuerza y elimine a los contrarios. Esto provocará problemas de reajuste doctrinario, lo que deberá ir haciéndose sobre la marcha y con la perentoriedad que supone tener que resolverlos en esa forma.

En el segundo caso, los grupos que propugnan la revolución usando la violencia, son minoría. Más aún ahora, con las limitaciones que han ido surgiendo en los últimos tiempos y que ya hemos señalado. Donde la permeabilidad del gobierno es grande, los partidos de izquierda se han ido sumando a la tesis del cambio gradual utilizando las instituciones democráticas. En Venezuela, queda subsistente en la izquierda sólo el PCV como adscrito a la tesis marxista-leninista, aunque en la práctica participa en las contiendas electorales. Aquí, la abolición de las clases sociales se dará en un período muy largo y al final de un proceso cuya evolución aún no ha sido posible prever y analizar. El hecho de que se haya abandonado la idea de la violencia, por la que en un solo acto debía hacerse la revolución, y de haber adoptado el criterio revolucionario como forma de operar, no les quita la condición de partidos evolucionistas y reformistas en el verdadero sentido de la palabra y no con el uso peyorativo con que se han utilizado estos términos. Y en la idea misma de evolución, el proceso puede ser más lento o más rápido según las fuerzas que tenga cada grupo social.

En el tercer caso, que podría ser el ejemplo de Rusia, el Estado ha ido sumando cada vez más funciones, agrandando el aparato coercitivo, tomando y monopolizando el aparato ideológico (prensa, escuelas, academias científicas, artísticas, históricas, temas y orientaciones, etc.), distribuyendo y adjudicando empleos sin libertad para elegir, planificando la economía, ordenando la prioridad de la inversión y de los demás factores productivos, manejando el poder militar con fines de defensa o hegemonía mundial y como poder represivo interno, monopolizando la orientación de la investigación y la ciencia, etc. Lejos de suponerse que el Estado va a desaparecer, debemos pensar que este tipo de sociedad tiende a agrandar su esfera de influencia y su complejidad, porque a las funciones típicas del Estado liberal y del Estado protector, ha sumado las actividades de todo el sector privado, de las entidades autónomas, por ejemplo, las universidades, y nada escapa a su poder político, como condición para el mantenimiento de sus sectores dirigentes y de la estructura partidaria. Esto no tiene por qué ser siempre así, en teoría, pero en todos los casos conocidos hasta el presente ha ocurrido en esa forma.

El estudio de la tercera teoría alternativa, determina su extensión a la cuarta. ¿Es posible que desaparezcan totalmente las clases sociales, o simplemente desaparecen sus actuales estructuras? Suponiendo la posibilidad de la desaparición real y completa de las clases, ¿desaparecen totalmente los conflictos sociales y políticos que éstas encarnaban? Admitiendo que se llega a la abolición de clases y, lo más difícil, a la eliminación de los conflictos, ¿quién ha de cumplir las funciones del actual Estado en relación a los innumerables problemas de dirección y orientación política, económica, social, científica, militar? El poder creativo de la mente humana es muy grande, pero aún no se ha expuesto con claridad la solución a estos problemas. Engels creía que el Estado, llegado ese caso, pasaría al museo de antigüedades; Marx suponía que desaparecidos los antagonismos de clase, se formaría una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno sería la condición del libre desenvolvimiento de todos; Lenin sostenía que en una sociedad sin clases el Estado era inútil e imposible y desaparecería irremisiblemente, sin que eso suponga la anarquía: el Estado sólo quedaría como federación de servicios públicos, un instrumento de cooperación para satisfacer las necesidades colectivas; Jules Guesde creía que al gobierno de las personas, sucedería la administración de las cosas y la dirección de los procedimientos de producción; Bebel sostenía que todo el aparato estatal sería sustituido por asambleas y delegacio-

nes administrativas que se ocuparían de mejorar la organización de la producción y la distribución.

Todo esto ha sido pensado y elaborado como doctrina política y social, dentro de la más sincera convicción acerca de que ocurriría así. Nadie duda de que el Estado es cada vez más complejo y que, si bien ha sido ganado por las fuerzas democráticas, el poder de los monopolios y de los grandes capitales ha tomado un vuelo extraordinario en los últimos años en la medida que la concentración se fue operando sobre un sofisticado basamento tecnológico. Pero de ahí a la comprobación empírica hay un paso muy grande. Podríamos decir que hasta el presente, y mientras no se pueda demostrar lo contrario, esto ha formado parte de una utopía que se diferencia del socialismo utópico en la medida que éste reglamentó sus sueños con tanta precisión que desde el inicio sonaban como ilusorios. En cambio, Marx y sus seguidores le dieron cierto matiz científico que le hizo resistir al tiempo, hasta que en el presente son numerosas las fuerzas que antes aceptaban esta tesis y que hoy resuelven adoptar posiciones doctrinarias distintas, partiendo de que esa teoría no puede cotejarse con la realidad.

Donde ha triunfado un sistema comunista, posteriormente a la Segunda Guerra Mundial y por efecto de guerras como el caso de Cuba, Corea, Vietnam o Laos, el Estado se ha fortalecido y ha tomado todos los instrumentos de dirección en sus manos, incluido principalmente el aparato ideológico y represivo. Donde se había llegado a gobiernos socialdemócratas estables, como en Suecia, el Estado se ha desarrollado enormemente; en este caso, no ha podido encontrarse otro camino para lograr una justicia social que hacer intervenir decisivamente al Estado.

LA VIA AL SOCIALISMO

Como hemos dicho antes, en la elección de la vía está en juego la vigencia de la democracia y de las libertades individuales. La euforia de una transición rápida al socialismo, ha pasado en casi todos los partidos.

La cuestión a determinar es si la aceptación de la vía gradual utilizando los resquicios que ofrece la democracia burguesa, es simplemente una cuestión táctica, o si, por el contrario, la aceptación de la vía democrática es una cuestión fundamental de los partidos. En el caso de Chile parece bastante evidente, por el estudio de los discursos y de los actos de gobierno, que en Salvador Allende la conformación

mental para la vía democrática excedía la simple táctica; pero eso no estaba muy claro para algunos grupos, como por ejemplo para Carlos Altamirano, y también cabe la duda en el caso del PCCh, pues ha seguido firme en la línea del marxismo-leninismo. Aunque se discuta ahora el resultado a la luz de los acontecimientos, según Jaime Ruiz Tagle,¹⁰ como la elección de la vía depende de situaciones objetivas y no simplemente de decisiones tácticas de los dirigentes, la opción que el pueblo chileno tomó no admitía una elección de la vía violenta, porque la Unidad Popular sólo constituía un poco más del tercio de la población. Y dentro de ese tercio había una buena mayoría que sostenía la vía democrática como única salida para llegar al socialismo.

El problema de la elección de la vía replantea la posibilidad de la alianza de clases, especialmente con la clase media y cierta capa de la burguesía dispuesta a colaborar en un experimento de este tipo. Implica primero el reconocimiento de la existencia de la clase media, descalificada por Marx, y del papel que ha de jugar en una alianza con el proletariado y qué condiciones podrán imponerse mutuamente. Las mayores exigencias de cambios rápidos generalmente han salido de sectores intelectuales. Pero éstos no constituyen realmente la mayoría de la clase media, que en caso de discrepar podrán permanecer neutrales durante un tiempo, pero luego han de sumarse a la burguesía atacante cuando no se atiende a sus requerimientos y a su propia seguridad, estabilidad y tranquilidad.

La experiencia con respecto a la posición de las clases medias en cada país es distinta, pero puede llegarse a una aproximación generalizadora. Pareciera que tanto en Chile como en Italia, la actitud de la clase media es anticapitalista o, por lo menos, no solidaria con el capitalismo, pero tampoco apoya mayoritariamente al socialismo, como sucede en buena parte con el sector trabajador o desposeído. Su gran dependencia del sector más alto de la burguesía y de las grandes empresas monopólicas capitalistas nacionales o extranjeras, le ha hecho adscribirse a la defensa de su fuente de trabajo como forma de escalar y mejorar su *status*. No cabe duda, sin embargo, que es la natural aliada del proletariado, que constituye en sí una minoría.

La clase media ha participado en soluciones de izquierda o de derecha, pero ha sido una fuerza nutriente de la intelectualidad política y literaria de la izquierda, de gran importancia. Sin la clase media es inútil pensar en un acceso al socialismo por la vía democrática, ya que integra la dirigencia de la mayor parte de los partidos de izquierda.

10. *Poder Político y Transición al Socialismo*. Ildis, Caracas, 1973.

Los técnicos necesarios para la transformación y puesta en marcha de cualquier programa han de salir de sus filas y no han de constituir simples tecnócratas puestos al servicio de una burocracia, a menos que se admita la posibilidad de una pérdida de impulso.

¿Cuáles son los requisitos para que un gobierno socialista electo por el voto pueda conservarse en el gobierno, sobrevivir a los retos constantes de los sectores opuestos y realizar, gradualmente, una serie importante de cambios fundamentales? En primer lugar, debe ser electo por mayoría. Este concepto es relativo o absoluto, según la pluralidad de bloques políticos que se presentan a la elección. En Francia es indudable que la mayoría es del 51 por ciento, por la forma en que se polarizan los votos; en cambio en Chile, la UP ascendió al poder sólo con el 36 por ciento, y pudo gobernar porque constituyó la mayoría relativa entre tres grupos políticos que se presentaron a la elección. Pero aquí se plantea una cuestión fundamental y es la de determinar la orientación de los grupos opuestos al gobierno: en el caso chileno los dos grupos opositores tarde o temprano tenderían a unir sus fuerzas y constituirían así un grupo mayoritario, por lo menos en lo que respecta a impedir los cambios formulados por el programa socialista.

Nadie duda que se puede gobernar con el 51 por ciento del electorado, pero sólo se sabría en los hechos cuál es la intensidad de los cambios que permitiría tan exigua mayoría. Todo gobierno tiene un desgaste inicial por imposibilidad de cumplir las promesas en el corto plazo, aunque si logra instrumentar una serie de medidas fundamentales es muy posible que las expectativas despertadas aumenten en el corto plazo la base de sustentación popular. No cabe duda de que hay una diferencia fundamental entre gobernar en el nombre de una mayoría absoluta, como es el caso francés, o hacerlo con una mayoría relativa, como en el caso chileno.

Hay que tener presente que la discusión no estriba en el derecho de gobernar lo que se admite, sino en la forma de gobernar, es decir, en la tolerancia o resistencia que puede existir en una sociedad política frente a los posibles cambios anunciados. Sin tener presente por ahora la posibilidad de una revolución de derecha, de grupos militares o de los grandes intereses capitalistas internos y externos, la oposición tratará de negar la posibilidad de los avances y creará las condiciones necesarias para el retorno al poder. El golpe militar o revolucionario escapa a las posibilidades de análisis, pese a que tiene que ser previsto por las fuerzas que defienden al gobierno, porque en ese caso puede apelarse a una escasa minoría utilizando los resortes que el aparato

militar otorga a un grupo minúsculo, pero que tiene el poder de utilizar el régimen verticalista de mando.

La minoría antisocialista no puede esgrimir como ultraje a su derecho un cambio que fue enunciado en el programa político del gobierno. Podrá luchar por los medios legítimos para que no se lleve a cabo, pero nunca constituye un agravio a los legítimos derechos de la oposición en un sistema democrático. Lo que puede producir un gran impacto en la opinión pública es el hecho de aparecer la actividad del gobierno como creadora de inquietudes, desorden o caos, porque una buena parte de los que participaron de la elección del gobierno, puede llegar a titubear o pasarse a las filas opositoras. Y para lograr tal resultado no hay nada mejor que la persecución o el avasallamiento de los derechos del contrario. Si Allende fue ganando espacio político en las elecciones subsiguientes a su ascenso al poder fue porque la oposición no pudo concretar sus denuncias sobre violación de los derechos humanos individuales o colectivos y el derecho al sufragio se mantuvo irrestricto. Pero cuando se empezaron a tocar sus intereses económicos, aprovechó debidamente del caos creado entre los propios grupos gobernantes y contribuyó a agrandarlo. No es ésta una regla de juego de la democracia, pero está dentro de las posibilidades cuando una clase ve que su desplazamiento se va haciendo realidad. Como decía Laski, "pedir al capitalismo una abdicación pacífica es como pedir a un emperador pagano que admita la excelencia intelectual del cristianismo...". El socialismo representa para los defensores del sistema capitalista algo así como la negación de las libertades, porque afecta el derecho irrestricto a la propiedad, que para ellos es su esencia. Pero lo mismo sienten los trabajadores de una empresa nacionalizada cuando se restringe la posibilidad de la huelga como forma de participación en las decisiones del gobierno, aunque se trate simplemente de la defensa de los intereses egoístas de un minúsculo sector.

Establecido que un partido socialista electo con un mandato para hacer una profunda transformación debe adecuar su política en forma dinámica para que el proceso sea continuo, surge la duda si éste debe radicalizarse abruptamente o marchar al compás que le indica el consenso de su propia base electoral. Lo que estamos observando en el contorno político de América Latina es que los partidos de izquierda han declinado, en su inmensa mayoría, las posiciones extremas, para poder ganar adhesiones y salir del estado de hibernación en que se encontraban. Lo mismo ha pasado con los partidos eurocomunistas, y hace poco tiempo el líder socialista español, Felipe González, ha ma-

nifestado que para poder llegar a ser gobierno y dejar de constituir una simple alternativa de poder, era necesario ganar posiciones sobre el sector que se encontraba un poco más a la derecha, con lo cual conquistarían los dos millones de votos necesarios para alcanzar el gobierno. Todo esto depende de la realidad específica de cada país y no se pueden trasplantar experiencias.

Es muy posible que, aceptadas las reglas de juego de acceso al poder por la vía electoral, un partido socialista logre por sucesivas reformas y nacionalizaciones cambiar las relaciones de fuerza existentes antes del acceso al gobierno. Por ejemplo, una reforma agraria que termine con el latifundio en un plazo más o menos corto, puede terminar con la influencia de los grupos terratenientes, que clásicamente han dominado la situación política de muchos países atrasados. Todo esto debe responder a una estrategia que establezca cuál es la velocidad máxima y mínima de los cambios. Si el gobierno gana consenso a partir de la llegada al poder, la viabilidad de la vía democrática está impuesta. Pero si se cometen errores fundamentales al no prever los hechos, no se tendrán en cuenta esos errores, y se dirá que hay una manifiesta imposibilidad de acceder al poder por la democracia; o, por lo menos, se sostendrá que un gobierno en estas condiciones, si quiere realizar de verdad cambios, debe transformarse en una dictadura.

LA ORGANIZACION INTERNA DE LOS PARTIDOS

La necesidad de la modernización de los partidos, en cuanto a su estructuración interna, a la fijación de su línea programática y a la estrategia de acción, es evidente en América Latina, y podríamos decir que en el mundo entero. En un régimen democrático, los partidos son los instrumentos sustanciales para encarar cualquier reforma fundamental, liderando los cambios y presionando sobre la burocracia que pretende mantener las cosas en el mismo estado.

Los partidos tienen la obligación de formar gente para los cargos directivos internos, pero también para dirigir la política del gobierno cuando accedan a él, y todo partido debe aspirar a llegar al poder, asumiendo todas las responsabilidades. Modernizar, reformar al partido, coincide generalmente con adoptar una línea actualizada y superar las trabas en la acción. La situación política y social, el manejo del Estado, el enfrentamiento con numerosos grupos adversarios, son mucho más complejos que antes. Muchos partidos socialistas se han limitado a lograr el acceso a algunas representaciones parlamentarias y desde ellas propugnar modificaciones que no hacen al fondo de los problemas, y

que no son a veces consideradas. El partido que llega de alguna manera a ocupar cargos directivos en el gobierno o funciones específicamente legislativas, cambia mucho por la actitud legalista y deja de tener relaciones estrechas con los representados. A medida que el partido entra por la variante de competir en fuerza con los más grandes y poderosos, empieza a surgir la necesidad de un financiamiento que escapa a las posibilidades de sus afiliados, entonces es indispensable conseguir financiamiento, difícil de encontrarlo sin compromiso. No hace muchos años en Italia se descubrió que el ingeniero Mattei, máximo dirigente del ENI, había financiado a todos los partidos sin excepción.

Es lógico que, para no caer en esta serie de desvirtuaciones programáticas y de pérdida de énfasis en la acción, el partido debe practicar una cabal democracia interna, donde la crítica pueda manifestarse a todos los niveles.

Hay una real incomunicación entre el afiliado y los dirigentes. El contacto es esporádico. Hay un flujo de opinión de arriba hacia abajo, pero no hay un flujo inverso y no está asegurada la participación. Hay aspectos que podríamos considerar dentro de la naturaleza de las cosas. Los grupos dirigentes que permanecen demasiado tiempo en la dirección ejecutiva, terminan por ejercer un liderazgo difícil de vencer. El peso que ponen en lograr decisiones acordes con sus posturas, es irresistible para simples afiliados que no se encuentran organizados internamente. Los partidos tienen sistemas de votación directa, pero si revisamos elecciones tras elecciones podremos comprobar que, como votan muchos afiliados ya retirados de la participación activa, siguen eligiendo a los viejos dirigentes y aun a algunos ya muertos. El sistema de listas constituye el mejor remedio para medir más exactamente cuál es la relación interna de fuerzas e implica un mayor control democrático; pero si no se constituye una organización permanente de tendencias para el debate de ideas, las listas terminan siendo un simple aglomerado inorgánico de figuras seleccionadas en base a su arrastre personal para ganar la elección.

En general, la democracia interna de los partidos socialistas es mucho mayor que la de los eurocomunistas, que tienden hacia lo que denominan un centralismo democrático. Pero también los partidos socialistas democráticos tienen cierta tendencia a buscar la eliminación de grupos contradictorios internos que tratan de canalizar su descontento en forma institucional. La estrategia en la mayor parte de los

partidos se ha hecho rígida, acorde con otros momentos. La ideología adoptada en los llamados programas máximos mantiene todavía una cierta vigencia, pero termina por desacoplarse de la realidad, actuando programáticamente frente a situaciones dadas, a veces sin concordancia con la estrategia global desarrollada en el programa máximo. Eso hace que los cuerpos dirigentes sean naturalmente enquistados en los contactos con otras fuerzas políticas y sus opiniones tienen poco peso político. En cambio es mucho más definida su política en defensa de las libertades públicas y de los derechos humanos.

Las corrientes internas en la mayor parte de los partidos socialistas deben actuar vergonzantemente, negándose a sí mismas, para poder permanecer sin ser sancionadas. No hay cabida en la prensa oficial del partido para las discrepancias organizadas. El pluralismo dentro de los partidos es una cosa que no se concibe. Se constituye así una especie de derecho de llave para una dirigencia, que tiene el manejo del aparato institucional oficial, mientras que una reunión de afiliados que se expresa en disidencia siempre es clandestina y conspirativa. En esta forma en lugar de ganar fuerzas, los partidos se empequeñecen, que es lo que ha pasado en Latinoamérica. En cambio, los partidos tradicionales, que han mantenido cierta condescendencia pasiva con grupos que constituyen un espectro político de 360°, han podido llegar y mantenerse en el poder. Si hay algo que merece estudiarse detenidamente es la organización interna de los partidos. Creo que es lo que más ha conspirado contra su crecimiento, y los ha descolocado de la posición de vanguardia con que nacieron a la vida política.

PERSPECTIVAS EN AMERICA LATINA

El socialismo sólo ha progresado en América Latina en los países donde impera la libertad. Sin embargo, no en todos los países donde existe un margen apreciable de libertades ha podido desarrollarse considerablemente. Donde han existido destacados líderes, excelentes conductores, ha tenido una gravitación aceptable. Pero en muchos países se nota un apreciable retroceso, producto en algunos casos de las restricciones para actuar y en los más por causas propias que no deben dejar de evaluarse. Todos los partidos socialdemócratas o socialistas democráticos que han accedido al poder en alguno de los países, lo han hecho por la vía democrática, y varios han sido derrocados por la fuerza y otros en elecciones. Pero la mayoría de los partidos son una minoría que no tienen aspiraciones al poder y que han ido mermando sus filas y su aceptación en el consenso popular.

Correspondería como conclusión determinar por qué no ha podido avanzar el socialismo democrático, como ha sucedido en Europa. El hecho de la dictadura en sí es una circunstancia importante que no se puede subestimar, pero tampoco debe considerarse excluyente de otras causas. Agotadas las dictaduras de Portugal y España, por real consunción de los dictadores, los partidos emergentes como mayorías relativas han sido los socialistas de Mario Soares y Felipe González. El primero ha gobernado azarosamente y el segundo tiene aspiraciones de gobernar con mayoría en el breve plazo. Si se restableciera la libertad en Chile y Argentina, es muy posible que en el primero de los países el PS emergiera como primera fuerza o conservara gran parte de la que tenía, pese a la persecución; en cambio en Argentina, los grupos socialistas han mostrado haber llegado a su etapa de agotamiento con la estructura actual.

Los partidos socialistas de América Latina, en general, han demostrado fallas evidentes en sus estructuras internas, su organización, sus hombres y su estrategia. Podría llegar a decirse que en la mayoría de los casos los programas máximos son aceptables y mantienen su vigencia, aunque algunos no han sido actualizados en décadas. En cambio, su aplicación ha carecido de eficacia creativa y adaptación al medio. Por eso muchos de ellos han sido considerados como extranjeros en su país, porque han constituido más un trasplante de ideas vigentes y posibles de aplicar en otros medios más desarrollados cultural y políticamente, con otra realidad económica y social, o tal vez haya fallado el lenguaje usado para penetrar las ideas.

La mayor parte de los partidos socialistas, por rigidez dirigencial o institucional, no ha sabido asimilar las disidencias doctrinarias o generacionales, provocando grandes divisiones que terminan generalmente en la dispersión. La falta de pasión, de mística, que insufló los comienzos de las organizaciones, las escasas posibilidades de éxito electoral y la poca gravitación política, la inexistencia de flujos de comunicación de abajo hacia arriba con los viejos cuerpos dirigentes perpetuados por sistemas electorales inadecuados, el envejecimiento generacional e intelectual, todos pueden ser factores entrecruzados y potenciados entre sí que han conspirado contra el éxito. Si los partidos hubieran aceptado la existencia de corrientes internas de opinión, de tendencias estructuradas y legalizadas, conducidas dentro de las instituciones propias, no se hubieran dado tantas situaciones de hecho y tanto retroceso. Pero lo que se ha propugnado en el orden general de las instituciones del país, se ha negado internamente. No existe sistema de listas por tendencias

institucionalizadas y aplicación del sistema proporcional a los cargos directivos internos y representativos del país. De esa manera cualquier grupo podría actuar a la luz del día y no en forma clandestina, obligado por la acusación de conspiración. El que disiente deberá esperar la oportunidad de ganar. Pero mientras tanto se ha de producir una síntesis en las ideas y en la acción que fortalecerá y no dividirá.

Al socialismo, como partido libertario y que sólo puede mantenerse vivo en la libertad, le corresponde luchar por la defensa de la libertad y la democracia. Por la vigencia plena del sistema representativo. Pero su lucha va mucho más allá. El papel de partido defensor de las libertades es ocupado generalmente por partidos liberales, zona hacia donde generalmente hay muy poco espacio político. Ha habido poca preocupación por reafirmar cada vez su pureza doctrinaria, sin por ello dejar de adecuarse a la realidad del país. La velocidad del cambio que propugne debería estar de acuerdo con la mentalidad y la idiosincrasia del país y la realidad posible, pero en cambio se ha frenado su impulso y su ímpetu de cambio, perdiendo gravitación y siendo reemplazado prematuramente.

Los problemas más graves que han confrontado los partidos socialistas en todo el mundo, han derivado de la disconformidad planteada por la juventud, que se ha mantenido en gran parte alejada de la política o integrando grupos de ultraizquierda o de ultraderecha, partidarios de la violencia como sistema. La falta de viabilidad democrática en determinadas sociedades ha acarreado este tipo de explosión, que termina abriendo el camino a las fuerzas de la derecha para tomar el poder en forma dictatorial. Por su necesidad de acción la juventud es muy propensa a participar de este tipo de actividades, ignorando todas las experiencias. El gran error ha sido no encontrar suficientes motivaciones para conducirlos por la vía de la no violencia. Aunque se apostrofe a los conductores que medran con su ingenuidad, no puede desconocerse su gran vocación y heroísmo, pues los primeros en caer han sido ellos. Pero su martirologio ha sido inútil y lo único que han conseguido es un retroceso político e institucional, y la represión ha terminado por implantación del miedo generalizado con todo tipo de actividad participativa de la juventud. Nadie puede eximir de responsabilidad a estos grupos que aprendieron rápidamente a destruir sin asegurar la reconstrucción. Pero lo que importa es considerar la posibilidad de restituir el diálogo generacional y encontrar la forma en que la juventud no se margine y actúe organizadamente dentro de los partidos progresistas. No se trata de haber realizado una acción demagógica, sino de otorgar tareas que supongan acción y participación al mismo tiempo.

La juventud ha querido ser actora en un medio donde los adultos, por la propia organización, se han convertido en espectadores.

El otro problema grave que han confrontado es el militarismo. Hay pocos países en América Latina donde en las últimas décadas los militares no se hayan sentido tentados a sustituir los gobiernos civiles y conculcar las instituciones republicanas y democráticas. El problema es muy distinto en todos los países, pero de cualquier manera obliga a considerar este problema como general, frente al cual debe adoptarse una estrategia. La presencia pasiva del ejército, dedicado a sus tareas específicas de defensor de las instituciones y encargado de la defensa nacional, ha sido excedida en casi todos los países. Una cosa es la participación militar en forma individual, en determinados cargos públicos, como algunas empresas públicas, y otra es la presencia generalizada del ejército como cuerpo, sustituyendo a los civiles, desplazando a los partidos y a las instituciones representativas. El problema militar en América Latina ha dado lugar a miles de trabajos políticos y sociológicos. Pero hasta ahora no se ha hecho sino describir una realidad pasada o presente. Hay una situación de hecho, cuyo retroceso no se vislumbra a corto plazo, aunque existen algunos signos alentadores: Brasil no podrá aguantar la presión externa y deberá volverse a los partidos y a las instituciones constitucionales, Bolivia tuvo que aceptar las elecciones, aunque después se produjo el golpe dentro del golpe para perpetuar la dictadura, en Perú el ejército tomó el poder para evitar otra vez más que el aprismo llegara al poder y no hizo sino fortalecerlo, en Chile es muy posible que el propio ejército sustituya a Pinochet, en Ecuador el candidato militar ha sido terminantemente derrotado. En fin, el ejército se ha convertido en este período en un partido político muy singular, sin historia ni pasado. Un golpe de audacia cambia al gobernante y el presente sustituye al pasado, sin que haya habido demasiado interés en imputar ese pasado a los responsables, que es la misma institución. Una estrategia política no puede desconocer esta realidad. Pero lo difícil es institucionalizar una mayor participación sin que se convierta en exclusiva por parte de quien detenta la fuerza. De cualquier manera este es uno de los problemas más graves que confronta América Latina y debe ser estudiado a todos los niveles y en todas las organizaciones.

La penetración en el movimiento obrero ha sido muy dificultosa. La vida de los sindicatos ha sido muy azarosa y provocado grandes retrocesos. Pero igualmente los partidos socialistas democráticos han perdido posiciones en muchos países. Los afiliados constituyen comi-

siones gremiales, pero que actúan dentro de los organismos partidarios y muy pocos en sus sindicatos, permitiendo que en algunos países los sindicatos hayan sido copados por afiliados de partidos populistas, que han contribuido con su adhesión a los gobiernos de fuerza, constituyendo un movimiento de escaso valor reivindicativo y para el cambio y un soporte negativo de la democracia.

La Universidad ha sufrido embates muy serios en las últimas décadas en casi todos los países. En buena parte de América Latina las universidades han sido intervenidas y perseguidos profesores y estudiantes. Después de un avanzado proceso de politización, las universidades de esos países se han llamado a silencio y su vida académica ha sido mediocre, por la pérdida de gran parte de sus intelectuales, que se han ido hacia otros países. El movimiento estudiantil ha pasado de las formas más radicalizadas al silencio provocado por la persecución. Es muy posible que en esos países tarde mucho en recuperarse el movimiento estudiantil. Con todo, los estudiantes han sido siempre la avanzada política en los países y la conducta seguida en relación a estos movimientos no ha sido la más adecuada. Es difícil comprender esto, pero aun en el caso de Chile, las agrupaciones estudiantiles adheridas a la UP perdían sistemáticamente las elecciones cuando la derecha se presentaba unida. En otros países se abandonó las posiciones a la izquierda violenta, que cometió verdaderos desastros. El movimiento universitario que en otros tiempos tuvo una gran influencia del socialismo democrático, verdadero iniciador de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918, vio opacada su influencia por otras fuerzas. El socialismo no ha tenido tampoco aquí una política adecuada y posiblemente se ha debido a que el movimiento estudiantil llevó muchos problemas al seno de los partidos, que en lugar de analizarlos y superarlos se deshizo de ellos pero también de sus partícipes.

Estos y otros problemas han conspirado contra una más eficaz presencia de una fuerza fielmente defensora de la democracia y que pudo orientar las fuerzas de izquierda para que no se canalizaran hacia las formas negativas y totalitarias.

Las perspectivas no son claras, en la medida en que no puede preverse aún el fin de algunos gobiernos represivos en América Latina. Sin embargo, hay que apuntar como elementos positivos que el socialismo es una fuerza que tiene un lugar doctrinario en el espectro político y una vigencia indiscutida, que en los países donde se han dado elecciones después de un largo paréntesis, han sucedido algunos hechos

interesantes de analizar: en Ecuador, el socialismo democrático con la candidatura de Ramiro Borja ha ganado la elección en Quito y alcanzado el 11 por ciento del total de la elección; en Perú, el APRA, que ocupa un lugar de centro izquierda, más los partidos de izquierda, alcanzan el 50 por ciento del electorado. En los países del Caribe que están emergiendo a la independencia política, la mayoría se han inclinado hacia el socialismo democrático. Por primera vez en la historia de la Internacional Socialista se ha demostrado un gran interés por el futuro político de América Latina.

Estos son algunos de los elementos que habrá que considerar para un estudio más detenido de las perspectivas. A los efectos de este trabajo podemos manifestar que todas las fuerzas del socialismo democrático en América Latina se han mantenido firmes en la defensa de la democracia y la libertad, con el mismo ímpetu con que aparecieron en la vida histórica de los países.